

Educación EL MOSAICO ESCOLAR. Hablar de diversidad en las aulas no es hablar sólo de inmigrantes. Integrar en un mismo centro a alumnos de distinta procedencia social, capacidad académica o con discapacidad son retos comparables al que presentan los extranjeros. En esa tarea se empeñan cada día muchos profesores. He aquí tres casos.

Un instituto sin diferencias de clase

En el centro Manuel Alcántara de Málaga conviven alumnos de dispar procedencia económica

ANTONIO CHAVES. Málaga
El instituto Manuel Alcántara, situado en el centro de Málaga, es el espejo de la comunidad en la que se asienta una mezcla de barrios deprimidos y emblemáticos, como El Perchel y La Trinidad, con zonas de clase media alta. El 70% de los 450 alumnos pertenecen a familias de profesiones liberales y posición acomodada; el resto son chicos con graves problemas sociales y económicos. El instituto nació hace cinco años con el objetivo de que ambos grupos de alumnos permanecieran en sus aulas sin conflictos. La directora del instituto, Ana Rodríguez, recuerda la delicada posición de la que partían: chavales con "grandes prejuicios y altas ambiciones académicas" junto a jóvenes "faltos de disciplina, de estímulos y con una muy diferente escala de valores".

Las actividades que organizan para satisfacer a unos y otros perduran desde entonces. Todos los alumnos comparten las aulas ordinarias, pero para los más desfavorecidos se han diseñado actividades que les sirven de refuerzo y motivación. En 1999 se instauró un peculiar taller de carpintería en el que los adolescentes con dificultades y problemas de absentismo trabajan bajo la batuta de un escultor, Eugenio de la Torre, que ha conseguido que estos jóvenes asimilen pautas de comportamiento que desconocían.

En el taller utilizan materiales de deshecho como cajas de fresas, soportes de tubos fluorescentes, aparatos electrónicos y, sobre todo, restos de carpintería. Con todo ello, los chavales incluso han construido el mobiliario del taller. "Cuando llegué, esto era un polvorín", comenta De la Torre, que ahora ha tejido un vínculo paternal con los



Alumnos en el taller de reciclaje del instituto Manuel Alcántara de Málaga. / RAFAEL MARCHANTE

alumnos. El taller de reciclaje ha recibido algún premio tomando como base el buen comportamiento. La directora considera un logro la convivencia alcanzada a partir de la crispada situación de inicio, con valores sociales tan contrapuestos. Hasta "los profesores han evolucionado en este sentido" y se han ido despojando de prejuicios, señala. No obstante, reconoce que el camino por recorrer es infinito. Se trata de conseguir mediante la educación la cohesión de una ciudad con paisajes que van desde el lujoso apartamento a las impersonales viviendas sociales.

Isabel Pinazo, de 15 años, es la presidenta de la asociación de alumnos, un espacio representa-

tivo que la directora pretende afianzar. Isabel asimila la convivencia como algo natural. "Tenemos nuestras diferencias, pero nos respetamos; es más fácil estudiar cuando la gente que necesita apoyo lo tiene", concluye.

Gregorio y sus amigos de La Trinidad y El Perchel reconocen que los comienzos fueron duros y los roces y recelos eran continuos entre unos y otros alumnos, pero eso ahora parece estar más dormido. Aunque la directora sabe que los "encontronazos" entre los chicos de secundaria, entre 12 y 16 años, son algo normal en cualquier instituto.

Pero la vida en el Manuel Alcántara no se limita a la integración de los más desfavorecidos

con el taller de carpintería, al que acuden casi medio centenar de jóvenes, o las clases de apoyo con materiales didácticos adaptados a sus necesidades.

En el aula del mar y la poesía leen versos en inglés, francés o árabe los estudiantes que no presentan apoyo educativo especial. Desde hace dos años estos alumnos pueden, además, intercambiar experiencias culturales con chicos de Gales e incluso con centros privados en los que se destila cultura anglosajona. Con ello satisfacen sus aspiraciones. Se trata de que ningún grupo abandone el centro, ni para volver a las calles del barrio, ni para ingresar en centros de alojamiento seleccionado.

La lucha contra el masivo absentismo del alumnado gitano

C. MORÁN. Madrid
Los gitanos no han llegado a España con el fenómeno de la inmigración. Siempre han estado aquí y han sido, en ocasiones, los protagonistas de esforzados proyectos de integración en las escuelas. El absentismo de estos niños es quizá el principal problema al que se enfrentan los maestros. Si no van a clase poco se puede hacer. El instituto Galileo Galilei de Valladolid inició el año pasado un proyecto para integrar a los alumnos gitanos, una docena de chicos, y trabajar con ellos de forma diferenciada. Con el mismo método trataron de que otros cuatro chicos con dificultades de adaptación se motivaran con los estudios.

Comparten clase con el resto de los alumnos pero ocho horas a la semana tienen un aula propia donde les atiende un profesor de educación compensatoria. Las materias más complejas, matemáticas, lengua y sociales se imparten de una forma práctica, adaptada a la realidad cotidiana. A partir de una unidad didáctica, por ejemplo la localidad donde viven, se articulan las enseñanzas de estas materias. "Si se trata de matemáticas, por ejemplo, pues se les diseña un recorrido en autobús y a partir de ahí se explican los metros, los kilómetros", explica Araceli San José, la profesora de educación compensatoria. Si toca dar lengua tendrán que leer, comprender y expresar una serie de ideas por escrito, a partir de la visita ficticia de una mascota por la ciudad elegida.

Proyectos flexibles

Métodos amenos y sencillos que les hagan comprender sin que se aburran y que les mantenga en clase. El profesor de electricidad les ayuda a montar un circuito eléctrico como si se tratara de su propia casa y con el de plástica dibujarán en el ordenador la maqueta de la casa. Porque en el aula hay ordenadores para ello. Y si hay que explicar una factura, se habla de la cesta de la compra, por ejemplo.

"Son proyectos flexibles que varían cada año en función de los recursos y de las necesidades", explica San José. Este curso, para gran enfado de los docentes, han retirado al profesor de educación especial que colaboraba con San José en estas tareas. "Intentas enganchar a estos chicos con el proyecto educativo, pero no es fácil, no hay milagros, se avanza poquito a poco. Y este año es más difícil porque hay una sola persona para 27 alumnos", lamenta la profesora de compensatoria.

El centro Galileo Galilei también tiene integración para niños sordos. De los más de 1.000 estudiantes que hay en el instituto, 10 presentan esta discapacidad. Dos intérpretes trabajan con ellos en las horas en las que no están en clases normalizadas con sus compañeros.

Estrategias para hablar en mil idiomas

Un instituto madrileño implica a todo el centro para integrar a los niños extranjeros

MARTA AGUIRREGOMEZCORTA
Madrid

Implicar a todo el centro. Desde profesores a estudiantes. Esa es la receta pedagógica que utilizan en el instituto Ignacio Ellacuría de Alcorcón (Madrid) para tratar la diversidad de nacionalidades que hay entre su alumnado. Aquí lo tienen claro: los estudiantes extranjeros no son sólo responsabilidad del profesor de compensatoria sino de todo el instituto. Porque saben que trabajar con estos chicos de manera colectiva, sin segregarlos, supone, si no el éxito académico total, sí que se sientan protagonistas del centro. "Y eso ya es mucho", explica el profesor de compensatoria, Jesús Ruiz. En este instituto hay alumnos adolescentes que han venido de todas partes: de Ucrania,

de Rumanía, de China, de Rusia, de Marruecos, de Guinea Ecuatorial, de Argentina, de Polonia, de Estados Unidos, de Uruguay, de Colombia, de Ecuador. En total, 45 extranjeros de los 500 chicos matriculados.

El modo de actuar aquí es el siguiente. Un día cualquiera del curso llega al instituto un chico polaco de 14 años. No habla español y no hay forma de entenderse con él, así que los primeros 15 días se le mete en clases de inmersión lingüística para que aprenda español a marchas forzadas y adquiera competencias comunicativas. "Hay niños que lo consiguen enseguida, sobre todo los de países del Este. Un niño polaco es capaz, por ejemplo, de decodificar lo que está leyendo en 48 horas", dice Ruiz. Tras esos 15 días, el chaval se

integra en una clase con el resto de los alumnos, casi siempre uno o dos cursos por debajo del que le corresponde. "Al estar con el resto se ve obligado a poner en marcha muchas más estrategias de comunicación. Es la manera de que se suelten a hablar, de que se relacionen. En el fondo, son los demás alumnos los que le están ayudando a adquirir vocabulario", añade. Otros niños polacos, con más años en España, pueden, en un momento determinado, actuar de intérpretes.

Sólo en clase de matemáticas y de lengua se saca al niño extranjero del aula para que reciba una sesión de apoyo externo, junto con cuatro o cinco chavales de su mismo nivel académico. En el resto de las asignaturas, el profesor de compensatoria se reúne con los demás docen-

tes una vez por semana para seleccionar los contenidos mínimos que el niño extranjero debe aprender. "Es bueno que el chico vaya estudiando lo mismo que sus compañeros, aunque de menos nivel, y no libros infantiles o de caligrafía, para que no se sienta inferior".

El bagaje cultural del niño se tiene siempre presente. "La clase de Historia o de Geografía pueden ser una buena excusa para que el chico polaco hable a los demás de su país y de su idioma, para que unos y otros aprendan", dice Ruiz. Y cuenta que aunque algunos alumnos no logran integrarse nunca, otros, en cambio, llegan a estudiar Medicina. Es el caso de una chica rusa que llegó hace siete años al Ignacio Ellacuría sin saber una palabra de español.